

Un monumento a la vigencia

Inaugurado el 17 de Septiembre de 1857, el Teatro Municipal de Santiago aún lucha por mantener ese carisma tan particular que lo identificaría como uno de los centros de eventos más importantes de nuestro país a comienzos del siglo pasado, que, incluso, en 1974 lo llevaron a convertirse en Monumento Nacional.

Pese al avance de la modernidad y la tecnología, lo cual ha hecho que la gente baraje una gama de posibilidades mucho más amplia a la hora de entretenerse, nuestro Teatro Municipal sigue mostrándonos grandes espectáculos musicales que son un aporte positivo, sin duda alguna, a nuestra cultura.

Ubicado en pleno ajetreo del mundo céntrico de la capital, el Teatro se encuentra en Agustinas con San Antonio. Es fácil reconocerlo a simple vista; con un estilo arquitectónico imponente y un diseño característico de los teatros de antigüedad, hace que no pase desapercibida su presencia si estamos pasando por la intersección de las dos calles antes mencionadas. Incluso, en lo personal, me incitó un poco la curiosidad, y quise llegar un tanto más allá y observar más profundamente, que, el frontis neto de la edificación. Y como buen chileno, pagué mi entrada y me dispuse a disfrutar de un ballet, que se presentaba en aquel momento. La obra era nada menos que Don Quijote. Estaba ya tranquilo, mi curiosidad iba a ser saciada.

Adquirí mi ticket en la boletería y dada la tarifa de ésta me correspondió galería, entonces, la entrada era por el costado lateral del Teatro, o sea, por San Antonio.

Adelante por favor, cuarto piso me recibió un hombre vestido con una humita negra y chaqueta burdeo que hacía juego con las alfombras del mismo recinto. Me retiró mi entrada y subí por una larga escalera hasta el último piso. De un principio ya el teatro me avisaba con un suave bosquejo el estilo de diseño con el cual me encontraría rodeado durante las próximas horas. Pisé el último escalón y me encontré con una escena sorprendente. Si bien, un poco maltrecho, por no decir descuidado, el Teatro era de una infraestructura excepcional. Estaba en el último nivel, el de la plebe, y no por ello me quedé sin apreciar todo lo que nuestro Monumento Nacional nos ofrecía. Al contrario, desde arriba tuve una mejor visión panorámica de todo el ambiente geográfico que me rodeaba. Y digo, rodeaba, porque como se puede suponer, las butacas estaban en forma circular rodeando el escenario. Esto era exactamente igual, posicionalmente, en todos los niveles, sólo cambiaba la altura de la cual se percibía la obra, aumentando la categoría a medida que se iba descendiendo; hasta llegar a los asientos enumerados que dan de frente al meollo de la obra, o sea, los puestos de *elite*.

Y deseo, en sobremanera, recalcar esto último de la jerarquización de las posiciones para el público porque no es algo de menor importancia bajo ningún aspecto. En efecto, era apreciable fácilmente, ya que, en el piso más alto, el cuarto, la decoración de los balcones era bastante simple, rozando en lo sobrio, de un color blanco invierno, ¿o crema?, que es el característico del Municipal. Eso sin mencionar que no existían sillas, sino más bien, la típica galería tipo estadio de fútbol que más que asientos da la impresión de escalera.

Sin embargo, en el tercer nivel, ya la dedicación por el diseño del frontis de los balcones era mucho más notoria. Aquí imperaban unos diseños que doblaban en detalles a los del piso superior, lo cual ya daba una categoría superior que era reconocible a primera vista. Aquí ya aparecen las sillas... de madera.

Ya un nivel más abajo, los adornos eran abundantes, pecando en lo ostentoso. Muchos diseños y óvolos, acompañados por más de algún angelito infaltable en las salas de teatro, se encargaban de dejar bien claro que este nivel era de más *glamour* que los anteriores. Porsupuesto, sus asientos metálicos acolchados lo confirmaban.

Al nivel del suelo ya no hay balcones, es una vista directa y de frente al escenario. Asientos enumerados completamente acolchados de color burdeo, que sería a la postre el color que secundara al crema en torno al

Teatro.

Lámparas antiguas, representantes orgullosas de a cantidad inmensa de años que el Municipal lleva estando al servicio de todos los chilenos. Toda la iluminación acompañada de un techo que más que techo, era cielo. Se apreciaba una gran pintura que abarcaba lo que más podía en espacio, donde aparecían una serie de niños ángeles y mujeres en distintas posiciones y en diferentes acciones; todo esto concluyendo en el centro del techo donde se simbolizaba al sol representado por la majestuosa lámpara central del Teatro.

El escenario se refugiaba en un inmenso telón de terciopelo color burdeo, porsupuesto para no desentonar. Arriba una TM que abreviaba Teatro Municipal y en la parte superior de éste el flamante escudo nacional.

Tal vez, el punto negro fue la poca variedad de productos de la humilde confitería que se dispone al servicio del respetable. Algo que debió llamar la atención a los responsables, pues, un recinto de tal magnitud no podía conformarse con una simple rincón de confites para saciar las necesidades de intermedio; por suerte, la cafetería es un proyecto ya prácticamente consolidado.

En fin, se puede asegurar que una visita al Teatro Municipal de Santiago jamás va a ser tiempo perdido. Al contrario, nunca es malo gozar de un buen espectáculo, entretenido, interesante, diferente y altamente cultural; y si a esto le sumamos que cada entrada de adulto para los domingos familiares incluye dos ganchos para niños, tendríamos como producto, un provechoso panorama de fin de semana para cualquier grupo familiar, sin importar el promedio de edad; ya sea, desde cualquier altura que se esté disfrutando la obra, ¿no cree usted?.

Trabajo de Fundamentos del Periodismo: Crónica del lugar

Tema: El Teatro Municipal